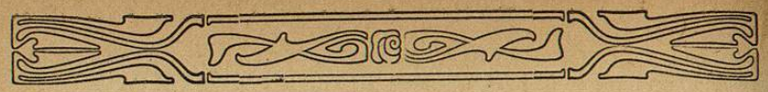

Doña Sofía Jackson de Buxareo

Discurso pronunciado, el 4 de Septiembre de 1900, al inhumarse, en el panteón de familia de la capilla de Jackson, en Larrañaga, los restos mortales de la señora doña Sofía Jackson de Buxareo.

Señores:

De nuevo venimos á abrir, bajo el ábside ojival de esta iglesia, ese venerable panteón de la familia Jackson, tan conocido de la familia oriental; tan amado y conocido sobre todo de los desgraciados.

En ese sepulcro, señores, ha caído ya muchas veces las lágrimas de este pueblo; lágrimas de dolor, de respeto, de amor, de gratitud. Al levantarse la piedra que lo sella, parece que brotan, de su fondo lleno de noche, memorias santas que se encienden en lo obscuro, y salen á nuestro encuentro con la majestad de la muerte, de la muerte que es corona, y nimbo de luz perpetua, y serenidad celeste, en los muertos que se nos aparecen cuando pensamos en Dios.

En ese sepulcro han dormido y duermen los hijos el sueño eterno al lado de los padres: en él está Elena, la mujer de puros ojos azules, reflejo de un alma todo transpariencia, de ojos que se llenaron de noche en pleno día; la amiga personal de los desvalidos; la que fué sonrisa de dolores ignorados, y cuyo recuerdo pasa en este momento por nuestra memoria como un perfume de lejanos paraísos. En él duerme Clara, aquella nobilísima matrona; aquella madre impertérrita ante los dolores con que la vida premió casi siempre sus heroicas y no olvidadas virtudes; aquella mujer que, transformando su hogar en santuario inaccesible al deleite, lo llenó del perfume de su propia alma de madre, y del incienso propiciatorio que subía al cielo desde sus resignaciones y sus ejemplos, desde las ascuas siempre encendidas de sus caridades. A él traíais ayer no más, señores, á don Juan, á aquel gran ciudadano, varón sin tacha, alma de hierro, forjada por Dios en nuestra tierra, para dejarnos un modelo perdurable de virtudes cristianas, y para que

también nosotros tuviéramos el tipo de la humildad en la grandeza, del desprecio de toda vanagloria en la opulencia, de la rectitud de intención en la caridad hecha sólo por amor de Dios y sólo para su gloria, de la pobreza y de la humildad en medio de la riqueza, considerada por el que la posee sólo como un préstamo de Dios, y un instrumento de labor penosa y abnegada.

Todos ellos, señores, nos han estado aguardando en esa tumba hasta este momento, y aquí les traemos contristados lo que ellos esperaban. El último de los cuatro hermanos Jackson que, durante cuarenta años, no han cesado de derramar beneficios á manos llenas en este nuestro país, viene también por fin á esperar aquí la resurrección de su carne, al lado de sus mayores y de sus hermanos; á reunirse, al fin, al puro representante de la nueva generación, que la muerte arrancó prematuramente de su rama, para arrojarlo marchito en esa tumba.

La santa mujer que hoy traemos dormida á descansar en el seno de los suyos, era la última hermana que nos quedaba de la generación de benefactores de la sociedad que en ella termina, para dar paso en la tierra á la nueva, que está encargada por Dios de continuar la obra de caridad de sus progenitores. En ella parecían haberse reconcentrado todas las virtudes de ese apellido ilustre en los anales de la caridad uruguaya: ella reunía, á la dulzura de los unos, la viril serenidad y la honda conciencia de su misión de los otros; á las grandes resignaciones, las inagotables ansias de hacer el bien; á las altiveces de la verdad y la virtud, las renuncias de todo predominio mundanal; al esplendor de la caridad munificente y generosa, la obscuridad de la vida que prepara á la muerte y predestina á la gloria.

En ella, pues, parece querer reconcentrarse, en este momento majestuoso, todo el homenaje de la gratitud social; y por eso, congregados en torno de ese ataúd, lloramos nosotros, en nuestras lágrimas, las lágrimas de millares; elevamos, en nuestra oración, una solemne y propiciatoria oración nacional.

Yo traigo aquí, señores, la misión de rendir un homenaje póstumo, abriendo la urna de la palabra dolorosa que guarde la memoria de esa mujer fuerte, cuyos despojos vamos á entregar á la tierra, que piadosa los recibirá en su seno; traigo esa misión en nombre de la *Unión Católica del Uruguay;* me la ha dado el *Club Católico* de Montevideo, que tengo la honra de presidir; me la han confiado también los *Reverendos Padres Salesianos, las Conferencias de San Vicente de Paul, la Cruz Roja Uruguaya de Señoras Cristianas.*

Yo cumplo, señores, mi misión, pronunciando especialmente los nombres de esas instituciones. Pero á mí me parece, al pronunciarlos, que cien voces, brotadas de todos los confines de la república, se disputan el derecho de ser las primeras en hacerse oir, quieren á todo trance vibrar en mi voz, y reclaman el privilegio de formar las primeras en el acorde de la gratitud que en torno de este sepulcro se levanta, como un enorme estallido de corazones

reconocidos. Oigo gritos de niños educados en los asilos, protestas de ancianos recogidos en las mansiones de la vejez, voces de vírgenes del Señor, que enseñan y forman el corazón de la niñez desvalida, que rezan por los que no rezan, que redimen la sociedad con sus plegarias y virtudes ignoradas; escucho bendiciones de familias socorridas, de dolores aliviados, y de grandes amarguras restañadas; resuena en mi oído, señores, la voz salmódica de los templos construídos por la munificente caridad de esa gran matrona, que puede decir con el salmo del divino rito: yo he amado, oh Señor, el decoro de tu casa, y el sitio que es la habitación de tu gloria; llega hasta mí el clamor de todas las instituciones de beneficencia amparadas por esa mujer, el de la prensa católica que protegió difundiendo el periódico y el libro conductores de la buena nueva; el de todas las comunidades religiosas que ella trajo al país y sostuvo con su dádiva generosa, para difundir la verdad y el ejemplo, para esparcir por toda la república simientes de vida en almas desiertas y abandonadas, para repartir á manos llenas lo único que el hombre puede dar sin tenerlo él mismo: la felicidad.

Esa gran mujer, cuyos despojos traemos acongojados al sepulcro de los suyos, y cuya pérdida viste de luto á la nación; ese corazón que ya no tiene ritmo, señores, palpitó siempre, vosotros lo sabéis, movido por la pasión del bien que es armonía; anheló la gloria de Dios con la intensidad del apóstol; buscó su reinado en las almas y en la sociedad, con una tenacidad y una perseverancia que absorbieron su vida casi entera, su inteligencia luminosa, su voluntad inquebrantable; alzó siempre los ojos al cielo, para leer en él cuál era la voluntad de Dios, á fin de realizarla en la tierra; se consideró siempre como una simple administradora de los dones de inteligencia, de carácter y de fortuna de que Dios la había dotado, y ha estado siempre preparada á rendir cuenta escrupulosa de esa administración ante los tribunales eternos.

Hoy, señores, esa cuenta está rendida. Y no nos engaña nuestro corazón, no nos engaña cuando nos hace sentir en este momento, en torno del sepulcro de esa mujer que reposa, el eco de las divinas absoluciones, de los ósculos eternos, de las recompensas infinitas.

El duelo, señores, debe convertirse entonces en apoteosis solemne; las lágrimas deben perder toda su amargura; el tributo de gratitud debe dirigirse, ya no sólo á la memoria de la bienhechora de nuestra sociedad cuya pérdida lloramos, sino al Dios de misericordia que ha hecho cesar los dolores de su sierva para llamarla á su seno, y para hacerle oir las palabras eternas, que son el gérmen y la raíz de todas las grandes virtudes, de todas las caridades heroicas que brotan á la sombra de la cruz: Venid, benditos de mi Padre, á poseer el reino que os está preparado desde la eternidad; porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, estuve enfermo y encarcelado, y me visitásteis, y me curásteis, y distéis á mi corazón la palabra de paz, la de consuelo, la de esperanza.

PAZ Á LOS HOMBRES

Discurso pronunciado en el palacio de gobierno de Montevideo, el 30 de Marzo de 1903, en el "meeting" iniciado por la Cámara de Comercio con motivo de la celebración de la paz.

SUMARIO: El espíritu de la multitud.—La guerra civil.—Sus verdaderas causas en el Uruguay.—La nueva solución.—Lo que significa la manifestación popular iniciada por la Cámara de Comercio.—El señor Batlle y Ordóñez y los trabajos de paz.—La gloria común.—La paz hija de paz.

Señor Presidente de la República:

La Cámara de Comercio, iniciadora de esta manifestación popular, ha querido que sea yo quien os hable en este momento; que sea yo, el más modesto de vuestros conciudadanos, quien recoja el espíritu de ese monstruo de treinta mil cabezas y treinta mil corazones que acaba de pasar aclamando vuestro nombre por debajo de los balcones de esta casa en que vive vuestra legítima autoridad, y lo infunda en algunas palabras que palpiten y perduren.

Y eso no es posible, señor: la palabra no puede vivir cuando el pensamiento que la habita la comprime demasiado; estalla y se desvanece en el viento, sin transmitir la idea ni sugerir la emoción.

Esa multitud que os ha aclamado es muy grande; su espíritu muy complejo; indefinible, para mí al menos, esa su aun perceptible resonancia.

Ese clamor que acaba de pasar por aquí va sonando á júbilo y á alegría indudablemente, tiene acordes de entusiasmo y de esperanza; eso se percibe claramente. Pero ese grito tiene también mucho de un inmenso suspiro; en él se nota aún el dejo de las trémulas angustias y de las negras congojas por que ha pasado este pueblo en estos últimos días; algo de la sorpresa y del pavor de que se sintió poseído, cuando, sin querer dar crédito á sus propios ojos muy abiertos, tuvo que convencerse de que la guerra civil, la tenebrosa guerra civil, con todos sus desastres, iba á ser una vez más, si ya no era, una verdad en nuestra tierra; de que una vez más habíamos caído en nuestro delirio morboso, que ya se creía extirpado de nuestro organismo para siempre.

¡La guerra civil! La hija del espíritu de soberbia que perdió la facultad de perdonar y la potencia de amar! La larva puesta tantas veces por el orgullo ó la incosciencia en las entrañas de la libertad impúber!

Ahí van, pues, palpitantes aún en esa multitud clamorosa, las exclamaciones de desaliento de los hombres pensadores sorprendidos por los sucesos; las protestas sofocadas de los que, sin fuerza moral bastante, se veían arrastrados á la guerra fatal contra su propia voluntad; los sollozos de las madres, que veían desaparecer del hogar, acaso para no volver, á sus briosos hijos adolescentes, llevados por el torbellino; los lamentos de los hombres de trabajo, que sentían la tempestad abatirse sobre el surco recién abierto, y arrebatarles el pan de su familia; los cantos tristísimos de nuestros campos, de ese nuestro gaucho desheredado, señor, tan noble, tan valiente, y tan resignado á su destino, que no ha sido otro sino el de ser empujado á la guerra y á la muerte por el brazo férreo de su patriotismo inconsciente. Ruinas, desolaciones, amarguras de todo género, profundas perturbaciones interiores, posibles y difíciles complicaciones exteriores, todo se amontonó sobre nuestras cabezas en la nube tempestuosa que apareció en nuestros horizontes; todo eso, y mucho más, va resonando aún en ese enorme suspiro de multitud que cruza, como una ráfaga de viento disipador de la tormenta, á lo largo de nuestras calles.

¿Y todo eso por qué? ¿Todo eso por quién?

Señor: recordemos nuestro pasado; miremos dentro de nosotros mismos, y encontraremos, en el fondo de nuestra alma, un irresistible y generoso sentimiento de piedad y de indulgencia hacia nuestro presente.

Fué el viejo espíritu, señor, al que no es ajeno ninguno de los que hemos nacido en esta tierra volcánica, al que no se ha sustraído ninguno de nosotros, el que amenazó en estos últimos días la felicidad nacional. No podemos ni debemos acercarnos á examinarlo con demasiada precipitación, porque acaso nos pasara lo que al atrevido é irrespetuoso personaje de la leyenda, que, al descubrir el ataúd, vió con pavor que era su propio cuerpo el del muerto que llevaban á enterrar.

Fué el inquieto espíritu heredado, el nativo genio turbulento, al que debemos nuestras glorias y nuestros desastres, y que no se resigna á quedarse sólo en el pasado; quiere á todo trance arrastrarnos hacia allá; atravesarse en nuestro camino; cerrarnos el porvenir; fueron los acontecimientos históricos, que se eslabonan de una manera fatal, porque los hechos tienen su lógica inflexible; fueron nuestros latentes problemas sociológicos y políticos, que no habían hallado solución en la inexperiencia del pasado, y se presentaban de nuevo á buscarla, una vez más, en la madurez del presente; fué el complejo fenómeno morboso de nuestro organismo social, el antiguo gérmen no extirpado de disolución, que hace su aparición de vez en cuando, provocado por circunstancias accesorias, y produce el vértigo que, perturbando la conciencia, hace reaparecer la subconsciencia atávica.

Era, pues, indispensable tentar esta vez una nueva solución; no la antigua convencida mil veces de impotente. Era indispensable hallar una fórmula hija de un examen profundo de la conciencia nacional, del medio ambiente, de las circunstancias atenuantes; una idea de estadista, de sociólogo, de varón fuerte, y, sobre todo, de patriota.

Para eso era necesario en el gobierno un hombre superior, capaz de sustraerse al vértigo del abismo, de comprender que se puede gozar de la libertad y de la fuerza sin servirse de ellas, y que es posible ser buen patriota sin experimentar las perjudiciales pasiones de la patria, como se puede ser buen hijo sin padecer las enfermedades de la madre.

Lo que quiere decir, pues, en resumen, señor Presidente de la República, lo que quiere decir esa solemne aclamación que acaba de pasar por esa plaza, es que ese hombre en el gobierno habéis sido vos. O es eso lo que esto significa, ó no tiene significado alguno. Hablan, pues, en mi voz, señor presidente, esos treinta mil ciudadanos que van por las calles de Montevideo.

Bien ha comprendido ese pueblo, señor, las angustias de vuestros combates interiores; pero por eso precisamente os aclama con mayor pasión; bien ha sabido que os habéis visto solicitado por tendencias radicalmente opuestas, y sin embargo respetables, y por razones contrarias, y sin embargo poderosas; bien ha sentido la lucha de un átomo con otro de vuestra sangre, que se ha librado en la soledad de vuestras arterias; pero, precisamente por eso, hoy os proclama vencedor; porque vuestra mente serena ha sabido dar el triunfo que le correspondía á la sangre generosa que, enviada directamente por vuestro corazón á vuestro cerebro, hizo florecer en éste el pensamiento germinal de la tolerancia y de la paz.

El pueblo, señor, que no se engaña en sus grandes instintos, ha sabido que habéis padecido en su carne; que habéis vivido tantas vidas cuantas se vieron amenazadas por la guerra inminente; que habéis palpitado en tantos corazones cuantos estuvieron acongojados por las angustias de estos días.

Por eso os aclama, señor, como símbolo de fortaleza y al par de justicia; por eso estáis realizando en estos momentos el supremo y difícil ideal de la democracia: ser á un tiempo mismo el jefe del poder público y el de la opinión.

Y nosotros especialmente, señor, nosotros, los que en distintas formas os hemos asediado sin compasión en los momentos de ansiedad, reclamándoos la paz, la paz á todo trance, la paz á toda costa, haciendo cargar, acaso injustamente, sobre vuestro espíritu, todo el peso de la responsabilidad de un momento supremo; nosotros, que sabemos que el consejo es una especie de paternidad que crea deberes en quien lo da, venimos lealmente, y con resuelta

satisfacción, á cumplir nuestro compromiso de honor; á rodearos y á estimularos en este momento de gloria, en que la inmensa aclamación del pueblo agradecido es la consagración solemne, definitiva, irrevocable, de vuestra conducta de magistrado, y justifica también la nuestra de agentes de concordia cívica, y de cívica esperanza.

En aquellos instantes de angustia, cuando se llegó á temer que una sola cláusula, al parecer poco importante, de las bases de pacificación, estaba á punto de hacer desmoronar las esperanzas del pueblo, vos, que queríais sinceramente la paz, permanecísteis, sin embargo inflexible en vuestra primitiva exigencia. Pero en esa inflexibilidad hemos visto, señor, no sólo el propósito de conservar incólume, como lo habéis conservado, el principio de autoridad y el prestigio de vuestro gobierno, sino algo más grande y más generoso: hemos visto el propósito de compartir con esos mismos hermanos que se habían alzado en armas frente á la autoridad constituída, la gloria, la transparente gloria de haber cedido ellos también, ofreciendo así, también ellos, en esta fiesta lustral de los holocaustos patrióticos, una ofrenda propiciatoria á la patria; pudiendo así también ellos, en esta pascua de nuestras esperanzas nacionales, comer con todos sus hermanos el pan sin levadura y el cordero sin mancha de sangre, que simboliza la nueva era; la era de la paz de noble estirpe; la era de la paz hija legítima de paz.

Así, y sólo así, vigorizaremos el principio de la autoridad constituída, emanación del pueblo libre; uniendo al pueblo y al Gobierno en una sola aspiración de paz y de justicia, superior á toda otra aspiración; así apresuraremos, como dice el poeta pensador, el camino de la razón en las almas retardadas, el advenimiento de la época en que todos los que sean fuertes tendrán miedo de su fuerza, y en que, poseídos de un santo temblor, temblarán á un tiempo mismo, el poder, en presencia de sus deberes, los pueblos, en presencia de sus derechos.

OBRA DE PAZ

Discurso pronunciado, en el "Teatro Larrañaga" de la ciudad del Salto, en el banquete ofrecido por el pueblo al presidente de la república, don José Batlle y Ordóñez, el 1.º de Octubre de 1903.

SUMARIO: Las manifestaciones al presidente de la república.—Su significado.—El pueblo se aclama á sí mismo.—El principio de autoridad.—El acatamiento al fallo del sufragio.—La bandera y el abanderado.—El ciudadano Batlle y Ordóñez.—Sus títulos.—Los palmares de Soto.—La mujer en la obra de paz.—El brindis.

Señor Presidente de la República:

Señores:

Nó, no ha sido un triunfo de la generosa y elocuente insistencia de mi amigo el doctor Blixen, como él lo acaba de afirmar, el hecho de haberme yo levantado á dirigiros la palabra. Si vosotros no me hubierais pedido que os hablara esta noche, yo os hubiera rogado que me escucharais, pues para eso acepté reflexivamente, y muy agradecido, la invitación á acompañarlo en este viaje, con que me honró el presidente de la república: para proclamar, definir y comprometer opiniones arraigadas en mí, tras larga y concentrada meditación; para unir mi adhesión, por insignificante que ella sea, á la que el pueblo del Uruguay quiere ofrecer y ofrece, en su devorante anhelo de paz y de normalidad, á la situación política que preside el ciudadano con quien bebemos en esta mesa el vino generoso de las cívicas cordialidades; para estimular intenciones buenas, y vigorizar esperanzas firmes; para unirme á vosotros, señores, en el ejercicio de la virtud ciudadana que consiste en prestar franco y valiente apoyo á los gobiernos dignos de él por su origen y por sus actos, virtud que representa muy á menudo mucho mayor fortaleza é independencia mayor que la que consiste en combatir las tiranías.—(*Aplausos*).

(Si bien en las piezas oratorias que forman este libro se han suprimido las manifestaciones ó movimientos del auditorio, se han conservado en el presente discurso, tomado de la versión publicada en *El Día* de Montevideo, por juzgarlo así necesario á la comprensión é integridad de la obra).